



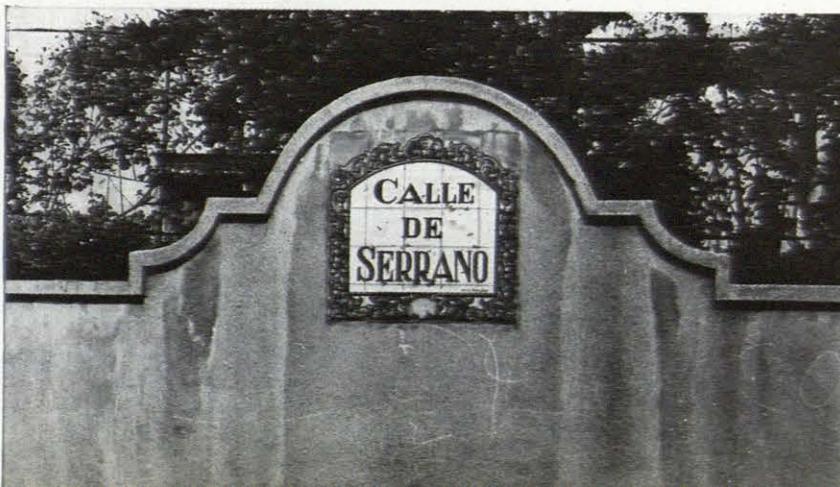
Se dice de algunas calles que tienen personalidad. Esto significa, por lo pronto, que están vivas, que en ellas pasan cosas. Que su arquitectura sea buena, o que su historia sea ilustre por antigüedad o por hechos importantes de los que ha sido escenario, son cosas ajenas a la personalidad actual de una calle. Más bien ocurre lo contrario: que la calle con personalidad atrae a la buena arquitectura y da ocasión, algunas veces, a que en ella se produzcan nuevos hechos ilustres. Así vemos que la arquitectura del Foro Romano, que conocemos por sus ruinas, es posterior—casi toda—a las famosas actuaciones políticas que hicieron célebre aquel sitio durante la República y el principio del Imperio. La magnificencia que hizo exclamar a San Fulgencio: "¡Cuán hermosa será la celestial Jerusalén si así es la Roma terrestre!" (según el P. Nieremberg, 1650) es la que no vieron los Gracos, ni Cicerón, ni Julio César, ni Augusto. Como tampoco vieron Sócrates ni Platón la soberbia arquitectura del Agora de Atenas, que ahora se está desenterrando.

Lo interesante es tomar una calle cuando está viva, no cuando ha recibido "muerte de belleza"—frase del escultor Laviada—y se ha convertido en monumento funerario de sí misma. Porque la caducidad de las glorias humanas se ve en cómo los magníficos escenarios llegan tarde, cuando el ímpetu ascensional ha cesado, y se inicia ya la decadencia: a los ejemplos del Agora y del Foro deben seguir los de El Escorial y Versalles, y después los que se quiera, hasta hoy.

Por eso se propone *ARQUITECTURA* estudiar algunas calles de España que tienen personalidad, haciendo la historia natural de ellas, no la historia grande—que suelen no tener—, ni la de su arquitectura—que suele ser mediocre—. Si de estos estudios puede deducirse algo que contribuya al conocimiento de ese extraordinario fenómeno que es "La Ciudad", ahora en crisis como tantas otras cosas, se habrá hecho algo más importante que el simple entretenimiento que, a primera vista, ofrecen estos trabajos.

Publicamos dos estudios—evidentemente similares—, uno de un arquitecto maduro, Luis Moya, que ha residido en el barrio de Salamanca mucha parte de su vida, y otro, como contrapunto, de un arquitecto joven, Francisco de Inza. Entre los dos dan una visión completa de esta importante y significativa vía madrileña.

Fotos Gómez.



## La calle de Serrano vista por Luis Moya

La calle empieza en la Puerta de Alcalá, y empieza bien: entre una correctísima casa—de un estilo neoclásico madrileño tardío—y una obra de Zuazo. Ambas con sus correspondientes sucursales bancarias en planta baja, que si están bien en la obra de Zuazo, no lo están tanto en la casa neoclásica de enfrente, cuya planta inferior han descompuesto. Pero en fin, el dinero hace mucha falta en esta calle, como se verá después, y es natural empezarla con estos templitos de Plutos y Mercurio.

Conviene dedicar un recuerdo al palacio de estilo isabelino (de Isabel II o poco posterior) de los duques del Infantado y marqueses de Santillana, obra correcta con pórtico de tres arcos a la plaza, que ocupaba el lugar de la casa de Zuazo. A estas casas siguen en ambas aceras varias casas, algunas muy lujosas, todas de fin de siglo y de principios de éste, en las que hay poco del estilo de Salamanca. También hay otras modernas posteriores a nuestra guerra, entre ellas la que ocupa el terreno donde estuvo el palacete que fué del famoso general Serrano (en la esquina con Villanueva, acera de los pares en ambas calles). Este palacete existió hasta hace muy pocos años, y todavía los viejos lo recordaban como famoso centro que fué de la vida mundana en el siglo pasado y de la vida teatral de la época, que giraba alrededor de su territorio privado.

En la acera de los impares ocupa una manzana el Museo Arqueológico, con su gran fachada de 126 metros, precedida por un jardín. Este, separado de la calle mediante una verja magnífica de 1862, obra del gran arquitecto Jareño; bastante estropeada porque le faltan sus muchos adornos de hierro fundido—rosetones, puntas de lanza, coronas, etc—, que han sido ro-

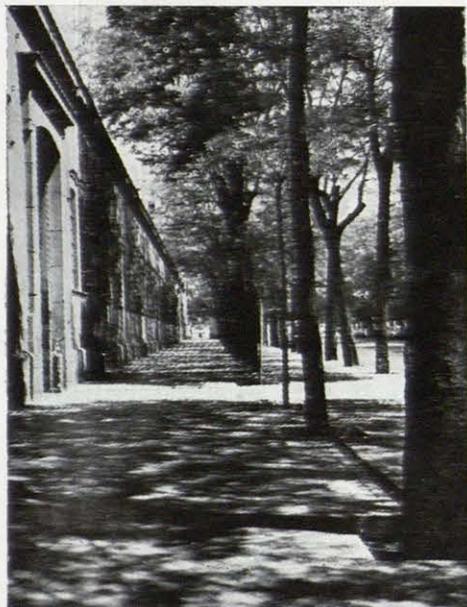
bados impunemente durante muchos años por verdaderos especialistas, dedicados a surtir de chatarra al mercado clandestino de metales. El gran edificio del Museo (Biblioteca Nacional por la parte de Recoletos) fué también proyectado por Jareño, quien hizo una composición muy original, adecuada al uso del edificio: ventanas en gran número para la planta baja y gran muro macizo, con hornacinas y estatuas para la planta alta, cuya iluminación era cenital.

Proyectó las dos plantas con la altura que ahora tienen: 8,50 m. la baja y 9,30 la alta, pero acompañándolas con cuerpos de entreplantas—en sitios adecuados—para los despachos y los servicios. Desgraciadamente, todo fracasó al realizarse la obra en tiempo de Alfonso XII, pues se suprimieron ventanas hasta conseguir un módulo de 7 m., se repitieron éstas en la planta alta y también se suprimieron las entreplantas, resultando así el edificio actual con una escala monstruosa que desproporciona no sólo la calle de Serrano, sino todo Madrid. Además, su arquitectura no tiene ninguna gracia, a pesar de la excelente calidad de sus materiales y los exquisitos detalles.

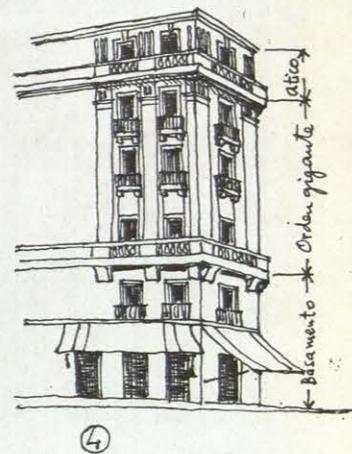
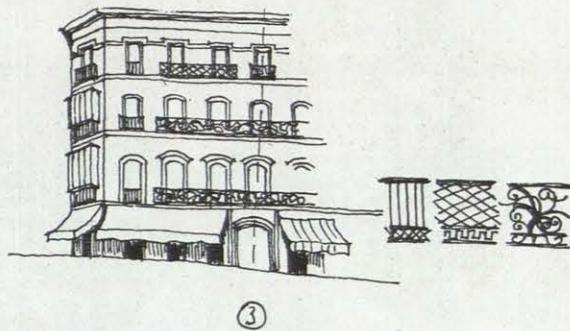
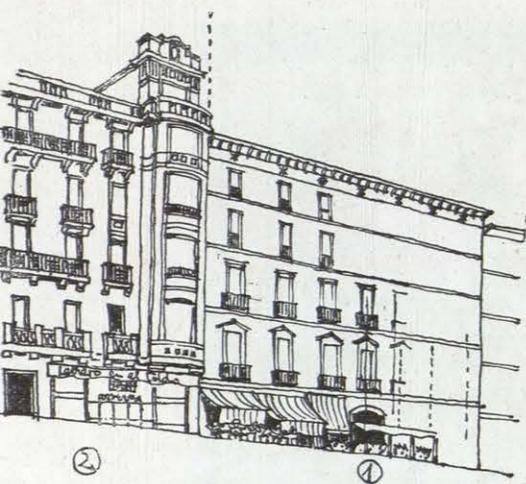
El jardín es la "zona verde" que tiene esta calle, ampliada por el frondoso arbolado de la acera contigua; por ella nadie circula, porque a las gentes lo que les gusta es ver tiendas y estar estrechos, cosa que consiguen, sin ir más lejos, en la acera de enfrente. Puede asegurarse que, aunque no hubiese verja, tampoco pasearía nadie por este jardín, pues andar por jardines no es del gusto de los nuestros, a pesar de lo que se dice en las Sagradas Escrituras: "El Señor os perdonará vuestros pecados y os hará entrar en jardines." Por ello este jardín sigue siendo un jardín cerrado, un *hortus conclusus*, donde se exhiben algunas piezas arqueológicas en un ambiente daliniano. Este jardín lo proyectó el autor de estas líneas y lo realizó Ortiz, entonces ayudante de don Cecilio Rodríguez, en 1940.



El jardín del Museo Arqueológico, en la acera de los impares. Es la "zona verde" de la calle Serrano por la que se ve a poca gente porque lo que les gusta es ver tiendas y estar estrechos. Aunque no hubiese verja tampoco pasearía nadie por aquí, pues andar por jardines no es del gusto de los nuestros.



La extraña casa construida por don Cayo Redón hacia 1922. Los árboles no dejan verla, y como además hay unos comercios estupendos, la gente mira los escaparates y no para mientes en estas arquitecturas.



1.—Espléndida fachada original. Elementos modestos: alero de madera, balcones de hierro sencillos, etc. 2.—Argumentos variados añadidos a los nuevos originales: miradores de orden gigante, torreones, agrupaciones de balcones, antepechos de hierro con dibujos y otros de cemento. ¿1916 a 1918? 3.—Casa original. Lujosa. Cornisa de fábrica. Balcones de hierro de 3 modelos. Agrupaciones de balcones. 4.—Casa con argumento añadido a la fachada original sin alterar los huecos. ¿1925 a 1930?

Sigue en la misma acera la fachada trasera de la Casa de la Moneda, una simple fachada de talleres bastante aburrida, a pesar de ser parte de una obra de Jareño—más antigua que la Biblioteca y Museo—, cuya fachada principal, a la plaza de Colón, tiene en sus dos pabellones laterales dos de las mejores muestras de arquitectura neoclásica en Madrid.

Como es natural, tampoco circula nadie por esta acera, a pesar de su magnífico arbolado.

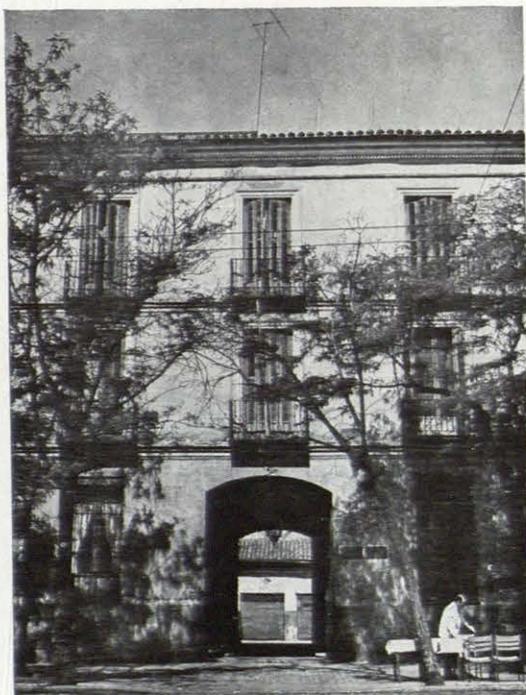
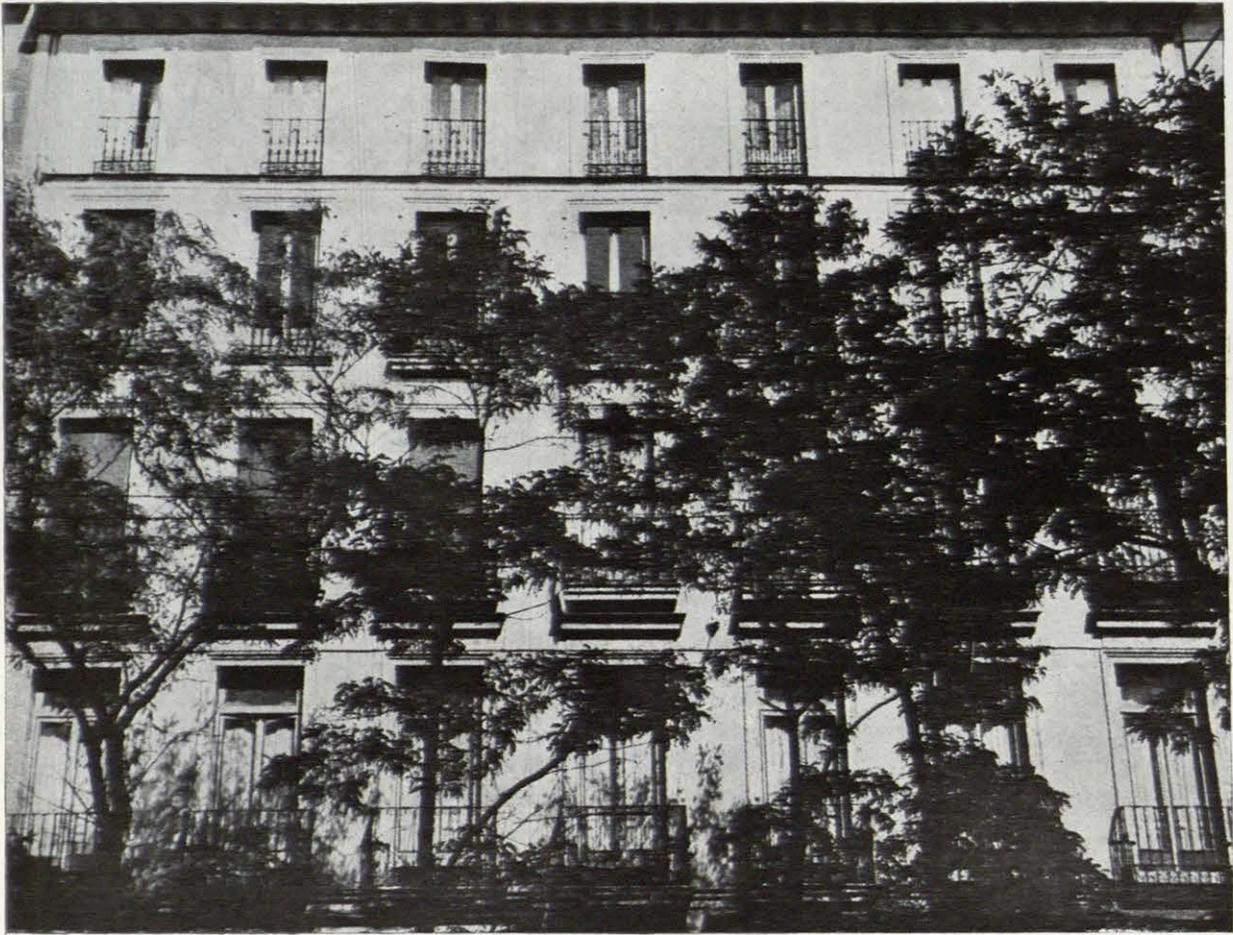
La acera de los pares, en cambio, está llena de encantos, para las mujeres especialmente. Tienda de telas al principio, dos bares, artículos de piel (tienda nueva hecha por Carvajal), medias, más tiendas de telas, etcétera. Y una magnífica librería. Con tales atractivos, nadie se ha enterado de la extraña casa, construída hacia 1922 por don Cayo Redón, catedrático de Electrotecnia y Máquinas que fué de la Escuela de Arquitectura. Los árboles no permiten verla desde su propia acera, y como por la de enfrente, la del Museo, no pasa nadie, tan sorprendente casa no la ha visto nadie. Lo malo es que también son desconocidas por la misma razón las auténticas casas del marqués de Salamanca, que abundan en esta manzana, la cual conserva, así como la siguiente, el espléndido jardín interior que, según el plan original, debía constituir el centro de todas las manzanas del "Barrio" (el "barrio" por antonomasia era el de Salamanca para los madrileños de principio de siglo).

Allá en tiempos de Isabel II el marqués de Salamanca construyó unas viviendas, modelos en su tiempo, y

aun ahora. Cada casa tenía, además de la fachada al jardín interior, un patio central grande (mayor del que exigirían las ordenanzas actuales), y otros pequeños, como patinillos de ventilación de servicios. Claro es que sus criterios sobre lo que eran estos servicios, y otras cosas, no eran los nuestros, pero ya nos contentaríamos con que todo lo que se ha hecho después de él hubiese seguido aquellas normas tan fáciles de mejorar con poco esfuerzo en nuestros días. Porque lo que se hizo desde fines del siglo hasta ahora ha consistido en suprimir los jardines centrales para edificar en ellos—en el mejor de los casos, garajes y naves de una planta—y en exprimir el sufrido limón de las ordenanzas para reducir los patios al mínimo y aumentar las alturas al máximo. A esto llaman muchos modernizar un barrio antiguo y "sanearlo".

Aparte de estas cualidades, las casas del marqués tienen calidad arquitectónica: plantas y alzados son modelo de claridad, orden y proporción. Es notable que esta arquitectura verdaderamente neoclásica se hiciese cuando en Francia estaban ya en plena arquitectura bombástica del segundo Imperio. En contra de lo que pensarían Larra y los progresistas, el "atraso español" fué, en este caso, heraldo de lo mejor del futuro. Es notable el curso de la degradación de esta noble arquitectura. Primero aparecen, todavía en buena época, cornisas de fábrica en sustitución de los primitivos aleros de madera. Las sencillas rejas de balcón, normalizadas, se alternan con otras de modelo rococó o Luis XVI o romántico. Se agregan miradores de hierro, buenos en sí, pero que complican las sencillas composiciones de fachada. Pero todavía se conserva el aspecto que corresponde a la función de estas casas.

El ataque contra este aspecto es tardío. Se trata, a



partir de la guerra del 14, de poner argumento a estas fachadas "tan sosas". Aparecen los cuerpos de miradores de fábrica, los torreones, los juegos de agrupación de balcones y la mezcla de sus rejas de hierro con balastradas de cemento. Al principio todo esto se aplica sobre las fachadas primitivas, sin modificar sus huecos. En los croquis aparecen dos de estas modificaciones hechas por buenos e importantes arquitectos, pero a la moda de su momento. En uno de ellos se introduce el tema italo-francés del orden gigante (tres plantas) sobre dos plantas de basamento unidas y rematado todo por otra planta de ático sobre cornisa en línea de fachada. Lo malo de estos casos es que sirvieron de ejemplo para imitadores de baja calidad, que se atrevieron además a modificar las plantas, no para corregir los defectos de las del marqués de Salamanca, sino para aumentarlos al reducir los patios y al invadir los jardines centrales. Consiguieron así convertir en viviendas insalubres las que eran buenas en su estado original.

Ahora se hacen casas como las de cualquier otro sitio de Madrid, con sus ventanas apaisadas, terrazas, etcétera, y con distribuciones de actualidad que exigen, por lo general, la previa demolición total de las casas antiguas que vienen a sustituir. Aunque entre estas casas nuevas hay algunas bastante buenas, no consiguen hacer olvidar la excelente arquitectura de las antiguas, con su clara organización de plantas, su sereno ritmo de huecos y sus excelentes detalles (ménsulas de piedra, hierros de balcón, aleros de madera, etc.). Todavía se puede encontrar algún resto de estas casas a lo largo de la calle. En Serrano, afortunadamente, los árboles y la gente no dejan ver mucho de la arquitectura que hoy domina.

Otro tipo de casas había en Serrano en lo que era en otros tiempos su final. Hacia la calle de la Eze quedan todavía un par de hotelitos tan nobles como las casas de pisos del marqués, los cuales son resto de un grupo de cinco o seis. Eran todos ellos simples cubos rematados por un tejado en punta de diamante, con decoración escueta de poco relieve que no alteraba los sencillos volúmenes. Son arquitectura limpia, sin argumento. Si alguno tienen, se debe a algún añadido, como en el caso de las casas de pisos. De ellas se tratará después, cuando este viaje llegue a su altura.

A partir del cruce con Goya empieza el plato fuerte. Lo de antes era sólo el aperitivo. Ahora se alternan bares, cafés, cervecerías y tascas de lujo con tiendas de todo, desde una cacharrería hasta lo más snob que se pueda desear. También hay librerías de las buenas.

Todo esto ocupa ambas aceras, sin más interrupción que el Palacio de Larios, con su jardín y verja correspondiente, por cuya acera tampoco pasa nadie. En la acera de los pares abundan todavía las fachadas originales del marqués de Salamanca mezcladas con otras, inmediatamente posteriores, muy semejantes. También se ven en la acera de los impares. Con ellas se alternan otras menos sencillas, con más argumento, hechas sobre todo a partir de la guerra del 14. En ellas se ven todos los estilos que han estado de moda, sucesivamente, hasta hoy. La mayor parte de estas casas nuevas es una reforma de las antiguas, a las que se añaden miradores de fábrica, algunos pisos y torreones. Así es la casa que inicia este trozo por la acera de los impares. También se han hecho derribos totales que darán lugar a casas de actualidad. La operación más frecuente es la sustitución de los bajos por tiendas. Nada gana la arquitectura con estas operaciones, pero serán muy útiles para los futuros historiadores de las costumbres y gustos artísticos del siglo XX y de cómo éstos fueron degenerando y buscando lo refitolero y bombástico, al mismo tiempo que se alejaban de la tópica sencillez castellana reflejada en las casas típicas de Salamanca y su escuela. Son composiciones amplias, nobles, bien proporcionadas y, al mismo tiempo, modestas. En una de ellas, entre Jorge Juan y Goya, vivió largos años don Pedro Muguruza. Lujosas, por el contrario, son otras menos antiguas, construídas al final del siglo pasado y en el primer cuarto de éste, que inician un género de fachadas más trabadas, con algún exceso de temas, género que va evolucionando para bien o para mal, hasta llegar a un completo afrancesamiento, de la Francia de 1900, hecho aquí hacia 1920. De gran dignidad es el palacio de Larios, obra del arquitecto Ayuso para el banquero Aguado, quien, según se dice, quedó arruinado por construirlo. Es una obra de calidad, con fachadas de piedra y ladrillo, detalles de un raro estilo medio griego y medio egipcio, con un patio árabe, y otras muchas cosas, de las que nada se ve desde la calle, pues los árboles ocultan la fachada. Sólo queda a la vista la verja y los pabellones de cocheras y cuadras.

El orden de la calle se altera al llegar a la cota alta de la zona que va de Lista a Diego de León. La calle había subido, con pendientes diversas, desde su principio hasta llegar a esta meseta.

En ella está, en los impares, la casa de Blanco y Negro y A B C, de estilo renacimiento más o menos sevillano. Es una fachada precursora, ya que se hizo a fines de siglo, y su estilo renacimiento sólo em-



El palacio de Larios, obra de calidad que ha llegado hasta nosotros por un curioso testamento, cuyo desenlace está a punto de llegar, en cuyo caso desaparecerán estas construcciones para dar lugar a un importante edificio. Y es muy de desear que Dios ilumine a su arquitecto para bien de la arquitectura y de la calle Serrano.



pezó a usarse generalmente hacia 1915. Esta misma casa tenía otra fachada a la Castellana, del estilo de su tiempo (*modern style*), que desapareció para dar lugar a la que ahora hay, más sevillana aún que la de Serrano. Lo peor de esto es el mal ejemplo que dió, porque en realidad está bien que una calle con solera conserve algún ejemplar de cada estilo por el que ha pasado, con tal que ese ejemplar esté bien hecho. A ella sigue una obra de Gutiérrez Soto, la primera casa con terrazas que se hizo en la calle de Serrano. Hace esquina a la calle de la Eze, y pasada ésta empieza el grupo, muy notable, de palacetes aislados, iguales, todos cúbicos, a que antes se hizo referencia. De ellos quedan pocos intactos. La mayor parte han sufrido cambios, sea con adornos añadidos, sea con nuevos cuerpos de edificación, que han ocupado el jardín.

La Embajada de Estados Unidos. Edificio bastante "desangelado", como dicen por ahí, tiene el mérito de ser el primero en esta calle que trae un concepto de ordenación abierta de su terreno, cuyos amplios espacios libres incorpora a los de la vía pública, sin más separación que una tela metálica de poca altura. Hasta hace pocos años estaban en este terreno los jardines y el palacio que constituían la "Huerta" de Cánovas, centro de la vida mundana, política, etc., del fin de siglo que vino a sustituir en esta función al ya citado del general Serrano. De este modo, tal función mundana, etc., se desarrolló en esta calle durante el último tercio del siglo en dos lugares; primero al principio de ella, con el general Serrano, y después, con Cánovas del Castillo, en lo que entonces era su final, ya que a continuación empezaba el campo. En el cual había—y quedan restos entre Serrano y Castellana, en la vaguada de López de Hoyos y alrededores hasta María de Molina—un pequeño arrabal antiguo, de principios del siglo pasado, con casas generalmente de dos plantas, algunas con tiendas. Separado del Madrid de entonces por tres o cuatro kilómetros de campos y huertas, debió de ser un verdadero pueblo, como lo era Chamberí, pero en pequeño.

Volviendo a Serrano, encontramos que la acera de los pares sigue con edificios de Salamanca y análogos hasta la calle de Maldonado. Allí, justo enfrente de la Embajada, está el primer edificio religioso de la calle: la Casa de los Jesuítas, con la gran iglesia del Sagrado Corazón y San Francisco Javier. Dentro de su arquitectura a la manera del viejo Colegio Imperial (San Isidro) de la calle de Toledo, y con mucho de San

Juan Bautista de Toledo, esta obra de Francisco Fort sigue de cerca el estilo del hermano Francisco Bautista, jesuítas, autor de aquéllas. Bien construída, de piedra y ladrillo, ha suscitado entre los arquitectos una polémica inacabable sobre la oportunidad de un estilo histórico en nuestros días. No es cosa de estropear este paseo por Serrano para tratar de la complicada discusión, en la que toman parte desde la tradición eclesíástica hasta los tópicos del progresismo más ingenuo.

Ocupa este edificio el lugar de las cocheras del tranvía, cuya línea terminaba aquí, final de la población, hace unos treinta y cinco años. Era el punto más alto de la calle.

En los años que lleva en uso esta casa se ha convertido en el lugar más abierto y cosmopolita de la calle de Serrano, a la que pone en relación con lugares tan ajenos a su aire de tertulia familiar de gente bien como son el Extremo Oriente y el Pozo del Tío Raimundo. No se sabe cuál de los dos está más lejos del carácter de Serrano, pero es de esperar que el modo universal—católico—que sale de aquélla acabe por romper la estrechez de miras de tantas tertulias de la calle. Muy bien está la calle de Serrano, y tiene muchas cosas agradables, pero el mundo no acaba en ella, y además hay "el otro mundo". No estaría bien que de este último sólo se ocupasen las señoras mayores y no lo hicieran las gentes jóvenes. Pero ahora ya lo van haciendo en número cada vez mayor, y precisamente el centro de irradiación es la casa de los jesuítas.

Al extremo de la cota alta que ocupan los jesuítas y la Embajada se cruza Diego de León y allí empieza una bajada muy pendiente hasta el cruce con López de Hoyos, donde se inicia la subida que empieza por cruzar María de Molina, sitio fértil en choques, donde hubiera estado muy justificado un puente (el tema del puente sobre María de Molina ha sido objeto de ejercicios, varias veces, en la Escuela de Arquitectura). En esta bajada las casas son ya de otro tipo que el de Salamanca. Las más antiguas son algunas, lujosas, anteriores en poco al 1900, y luego se han ido haciendo otras a ritmo lento hasta hoy, en que se construyen algunas en sustitución de hotelitos que había en la acera de los impares. Con estas obras se ven, temporalmente, patios con ropa tendida, espectáculo raro en esta calle. En el lado de los pares hizo Manuel Cabanyes una casa hace unos treinta años, cuya elegante fachada constituyó un modelo hasta tiempos muy posteriores; el ático que altera la composición es un añadido reciente. En la misma acera, y ya en cota baja, está el Museo Lázaro Galdiano,



La "desangelada" Embajada de Estados Unidos ocupando los terrenos de la antigua Huerta de Cánovas del Castillo. Tiene el mérito de traer por vez primera un concepto de ordenación abierta del terreno.



Iglesia de los jesuitas: el primer edificio religioso de la calle. De muy reciente construcción, proyectada a la manera del viejo Colegio Imperial de la Calle de Toledo.

uno de los verdaderamente importantes con que cuenta Madrid El palacio convertido en Museo está rodeado de un gran jardín, en el que Chueca ha construido un nuevo pabellón adosado al lindero Norte. La arquitectura original del palacio es interesante y enigmática: fría y correcta, recuerda algunos palacios romanos de fin del siglo pasado, pero su composición general, por el contrario, es como un hotelito, con su torre y todo, lo que se contradice a su vez con las dimensiones grandes del edificio. Además su volumen es raro, con una planta relativamente pequeña para sus tres altos pisos. El interior tiene en cada planta pocas habitaciones, pero de gran tamaño, dispuestas con una claridad y sencillez notables y decoradas con esa *joie de vivre* hedonística que caracteriza muchos casinos y techos de la *belle époque*. Lo cual también parece poco acorde con la casa de uno de los coleccionistas más eruditos y tenaces que ha tenido España.

Pasado el cruce con María de Molina empieza una subida fuerte flanqueada por casas de lujo entre jardines. No hay tiendas, ni bares ni cosa parecida en todo el trayecto y sigue sin haberlos cuando cesa la cuesta al alcanzar una cota alta, y sigue casi horizontal hasta la plaza de la República Argentina. Lo importante en este trozo de Serrano es la "Cultura", que empieza con la Fundación Pastor de Estudios Clásicos—acera de los impares, en el cruce con Pedro de Valdivia—y culmina con los grandes edificios del Consejo de Investigaciones, situados en la misma acera la mayoría de ellos, y los restantes, dos, en la opuesta. Estos edificios están situados en lo alto de la cuesta y en el principio de la meseta que la sigue.

Por cierto que muy cerca de ellos, pero no en Serrano, está la Villa San José, centro cultural de los jesuitas con gran biblioteca.

Pasada esta barriada científica, siguen los palacetes con jardín hasta la plaza citada antes.

Todo el tramo está construido a partir de los años "veinte". Los sucesivos estilos en boga han dejado ejemplos, tanto en las casas como en los edificios culturales. Así, la embocadura desde la calle de María de Molina se abre entre la casa estilo inglés, escocés o cosa análoga y un palacio anodino de estilo francés "Luis-el-que-sea". Siguen casas de todos los estilos posibles, entre los que destacan varias realizadas por los hermanos Fernández Balbuena, en diferentes versiones, hasta 1936. Había en la acera de los pares un hotelito de ladrillo hecho por Blanco Soler y Bergamín hacia 1925, verdadera anticipación del futuro más

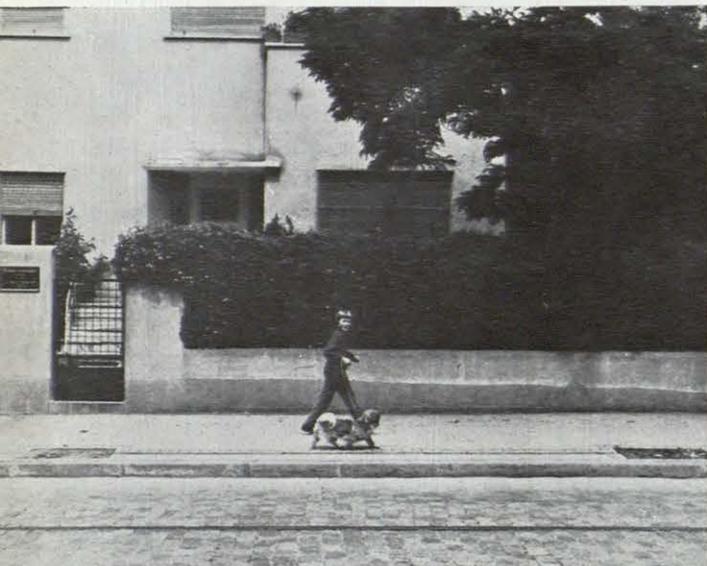
racionalista y austero; sigue existiendo, pero con añadidos que le han hecho perder todo su carácter. Pero lo que domina en esta cuesta es el arbolado y las terrazas de los jardines.

Los edificios del Consejo de Investigaciones empiezan, en la acera de los impares, con el edificio de estilo "musoliniano" del gran pórtico, al que sigue un edificio de ladrillo muy finamente trazado, compuesto de una biblioteca—obra de Arniches anterior a 1934, con un delicioso patio—y de la iglesia del Espíritu Santo, primera de las que hizo Fisac y base de su evolución, pero con valores propios además de los cronológicos. Detrás de estos edificios, en segunda crujía, están los grandes edificios del Consejo y del Instituto Ramiro de Maeztu, que no pertenecen ya a la calle. Pero sí recae a Serrano uno de ellos, en la acera de los pares, obra importante de Fisac.

Después siguen los palacetes y los jardines hasta la plaza de la República Argentina, donde cambia otra vez la fisonomía de la calle, que se convierte en eje de una ciudad-jardín al mismo tiempo que se estrecha notablemente.

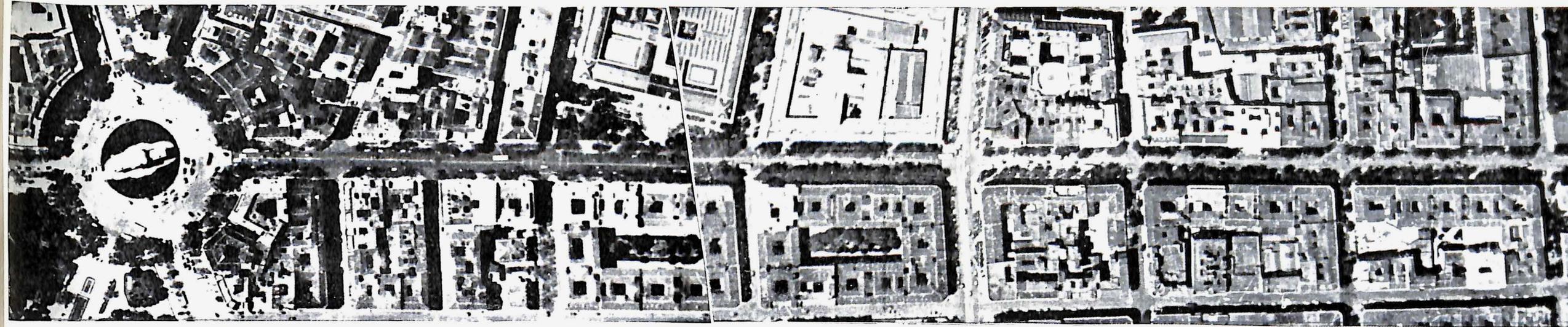
En la plaza de la República Argentina hay dos obras importantes de Gutiérrez Soto y desde allí asciende el nuevo tramo, estrecho, de Serrano, en cuesta fuerte que luego se dulcifica. Atraviesa El Viso, barrio residencial de casas en línea entre jardines, obra anticipadora de Blanco Soler y Bergamín, hecha con modestia escueta y racional. En nuestros días de gritos expresionistas y de materiales caros, esta importantísima obra de hace más de treinta años "no les dice nada" a algunos. Pero ya quisiéramos haber aprendido y seguido su lección. En este tramo la calle ha perdido su dirección al Norte y ha torcido ligeramente al Este. Antes de terminar El Viso acentúa más su inclinación al Este y, finalmente, en dirección Nordeste viene a acometer a la prolongación de general Mola, y termina allí como afluente de ésta. Modesto fin para tan gloriosa calle: "*Sic transit gloria mundi*." El Viso introdujo un nuevo concepto de la vida sana en muchos madrileños, un nuevo modo de relacionarse con el aire y el sol; modo precursor de muchos aspectos de la vida actual. Extendió la afición al aire libre, a los árboles y a las flores, afición antes posible sólo a los muy adinerados. Lo hizo posible para muchos por la estricta economía de la arquitectura, moderna, pero rigurosamente adecuada a nuestro clima y a nuestras prácticas constructivas.

Más allá de El Viso la calle todavía no tiene carácter determinado. Está en construcción, se parece a cualquier calle de cualquier ensanche de Madrid o de otro sitio y se funde con la del general Mola, que en esta zona tiene el mismo aspecto.



*Una casa de Manuel Cabanyes de hace treinta años, cuya elegante fachada fué modelo hasta tiempos posteriores. Un hotel de Gutiérrez Soto, El Viso, la iglesia del Espíritu Santo. Y el fin de Serrano, en construcción, sin carácter determinado, que se parece a cualquier calle de cualquier ensanche de Madrid.*





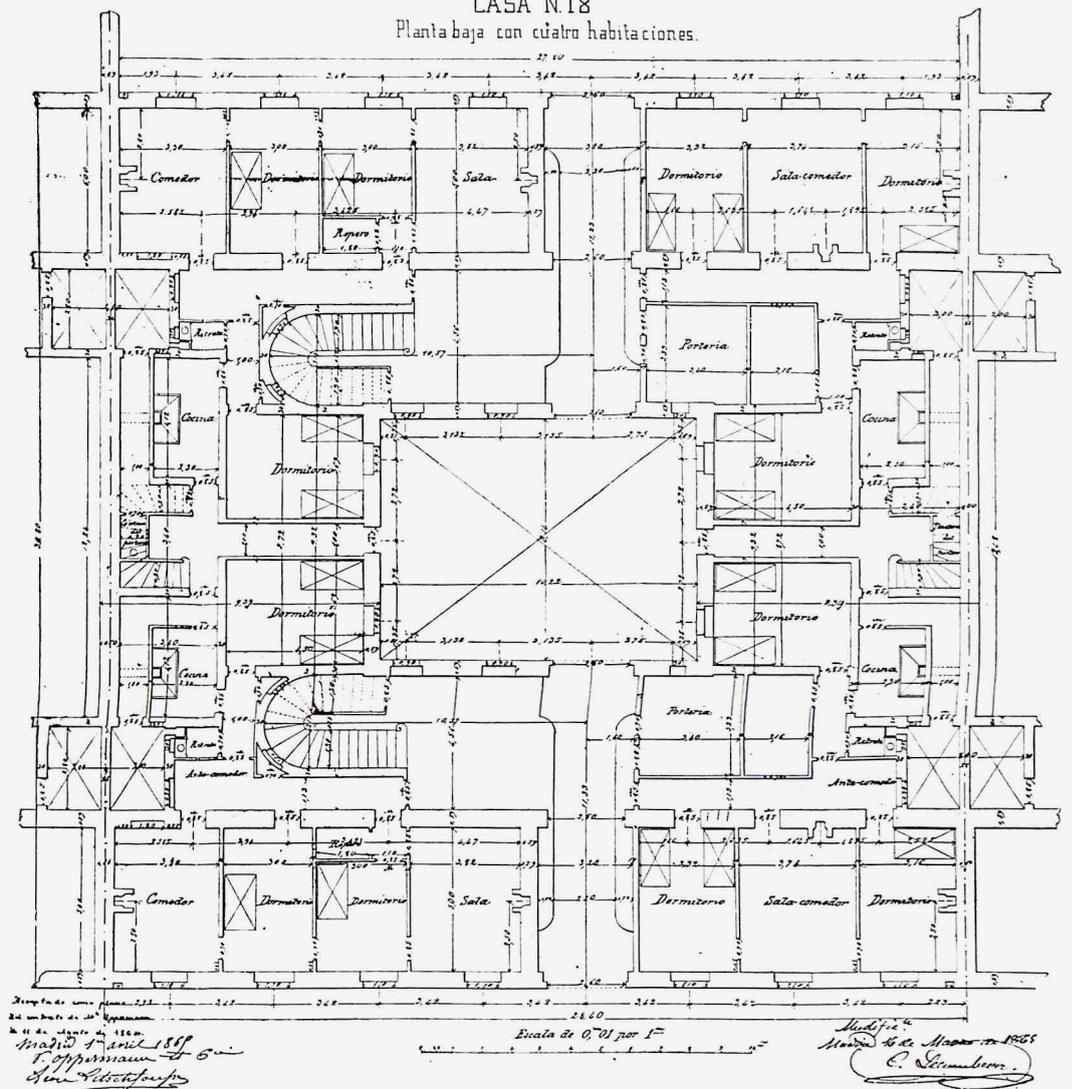
Fotografía aérea de la calle de Serrano desde su iniciación en la plaza de la Independencia hasta su final en la colonia de El Viso. (Foto T.A.F.)

MANZANA N. 2.

(200 del ensanche)

CASA N. 18

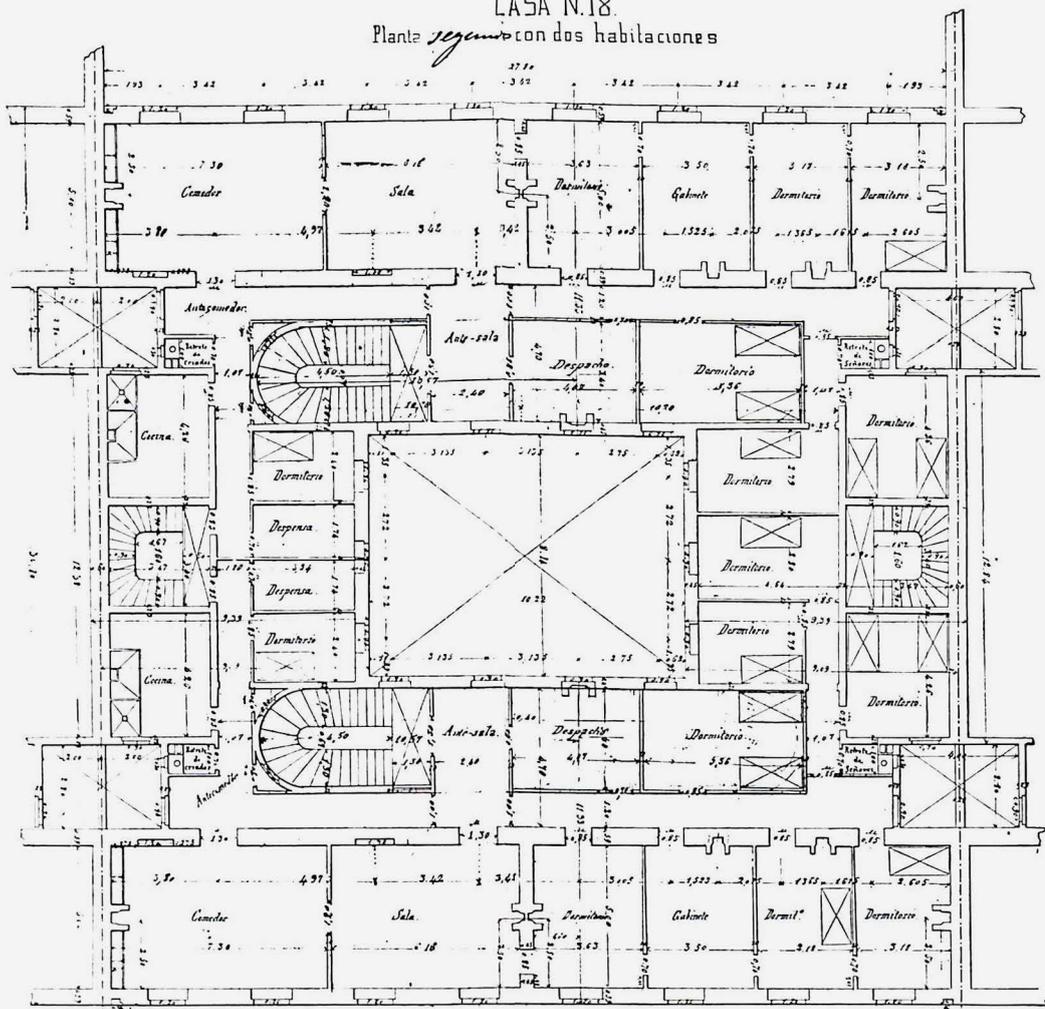
Planta baja con cuatro habitaciones.



Planos de una de las casas que construyó el marqués de Salamanca facilitados por la familia Selgas. Año 1864. Arquitecto: Cristóbal Lecumberri.

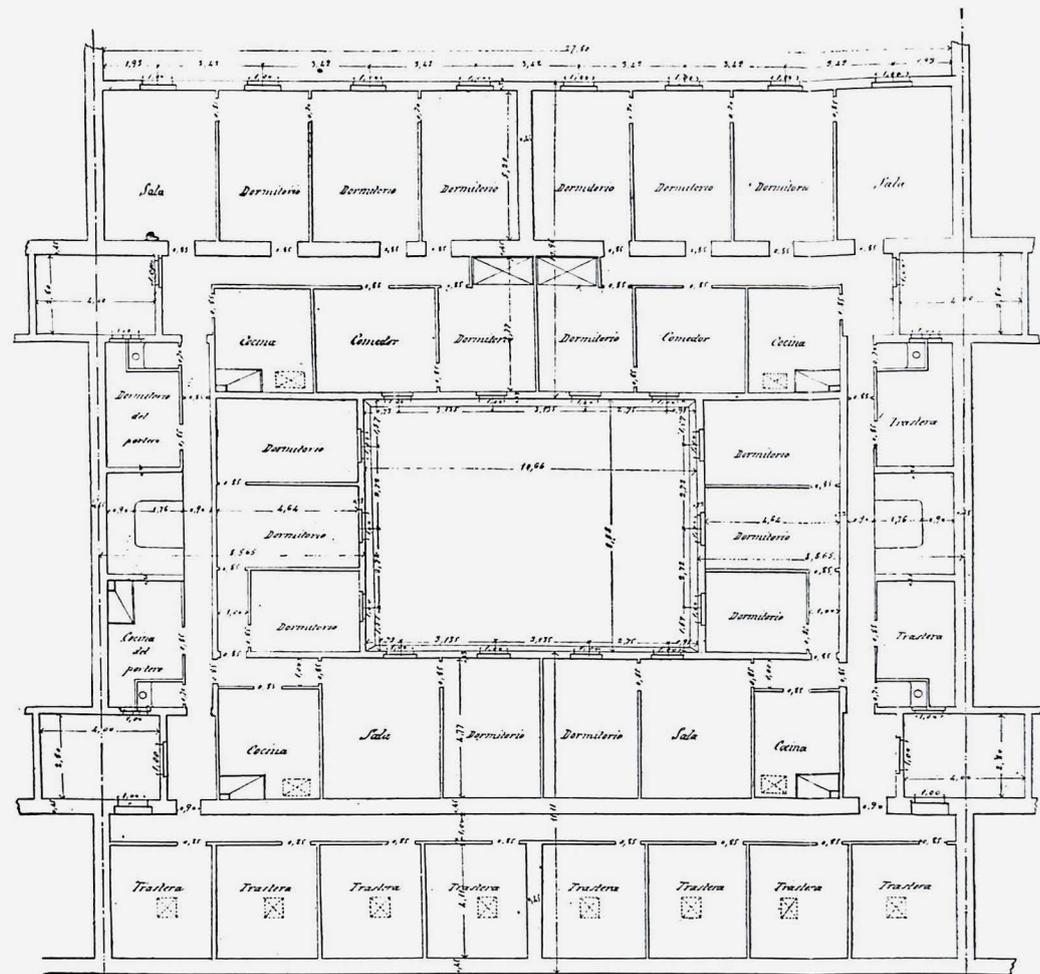


MANZANA N.º 2 (100 del mancho)  
 CASA N.º 18.  
 Planta según con dos habitaciones



Madrid, 11 de Agosto de 1884.  
 Escala de 0,01 por 1.  
 Cristóbal Lombardi

MANZANA N. 209.  
 CASA N.18.  
 Planta de bohardillas con cuatro habitaciones.



Escala de 0,01 por metro.  
 Madrid, 20 de Agosto de 1884.  
 C. Lombardi



## Lo que opina Francisco de Inza

Serrano es una calle que cambia de cara a lo largo de sus kilómetros de recorrido. Hay un primer tramo—de la plaza de la Independencia hasta Diego de León—en el que podríamos decir que Serrano es una calle a dos aguas. Con la cumblera corriendo por el centro de la calzada. El faldón de la izquierda es de la Castellana y el de la derecha, propiamente de Serrano.

De los edificios de la acera de la Castellana, se diría que están más cerca del aire de la Castellana. Son como las traseras de sus jardines. Son más calientes.

Todo esto se refiere, más que nada, a los edificios menos recientes. Porque los nuevos no tienen, en general, el carácter de los otros que encontraron levantados a su alrededor. Esto se refiere también a las dos aceras.

De Diego de León en adelante ya van quedando pocos edificios antiguos. Se va perdiendo el carácter de la calle. Igual podían haberle puesto otro nombre. Es otra cosa.

Cambian las rasantes y ya no tiene ambiente de paseo. Y no hay comercio. De modo que a partir de María de Molina los edificios ya son pequeñas residencias o centros de otro tipo. Es ya como una zona de campo. Y ya no es una calle, sino un barrio.

Así que, como punto de partida, puede tomarse bien Independencia y dar la vuelta en Diego de León.

Y luego, sin mayores pretensiones, arrancar de paseo por las buenas.

Uno puede ponerse a pasear por la calle alguna vez. Y según va andando ir mirando las casas y las gentes. Normalmente se camina por las aceras y, puesto uno a mirar los edificios, los de la acera opuesta a la que uno recorre son los que dan la cara.

La gente va caminando en poca o mucha cantidad, según las calles y las horas.

La calle de Serrano tiene como un desequilibrio de transeúntes. Es una calle que le pesa más una acera que la otra.

Y esta desproporción se va acusando al paso que se van ganando calles transversales. Hay más tiendas en la acera de los pares, y es de suponer que esto, a las

personas, les es, a lo mejor, más atractivo. Así que van andando por esta acera.

Uno—por lo general—al ir caminando se fija en una casa. Tal vez en una tienda o en algún detalle de un portal. O en otra cosa.

Como la calle de Serrano es algo ancha, y con aceras anchas es cómodo el mirar las casas de la acera de enfrente, se puede uno parar tranquilamente para ver casi el total de las fachadas de una manzana.

Si le da a uno por arrancar a pie, Serrano arriba, partiendo de Alcalá, por los impares, se recibe ya el sol algunas mañanas. Y resulta agradable algunas veces.

Desde la plaza de la Independencia a Diego de León muchas fachadas de los pares son grises, terrosas. Con los revocos más o menos viejos. Del color del cemento, o casi blancas, son casas algo antiguas con balcones pequeños. Muy semejantes los de una y otra cosa, y en cada una dijéramos que iguales.

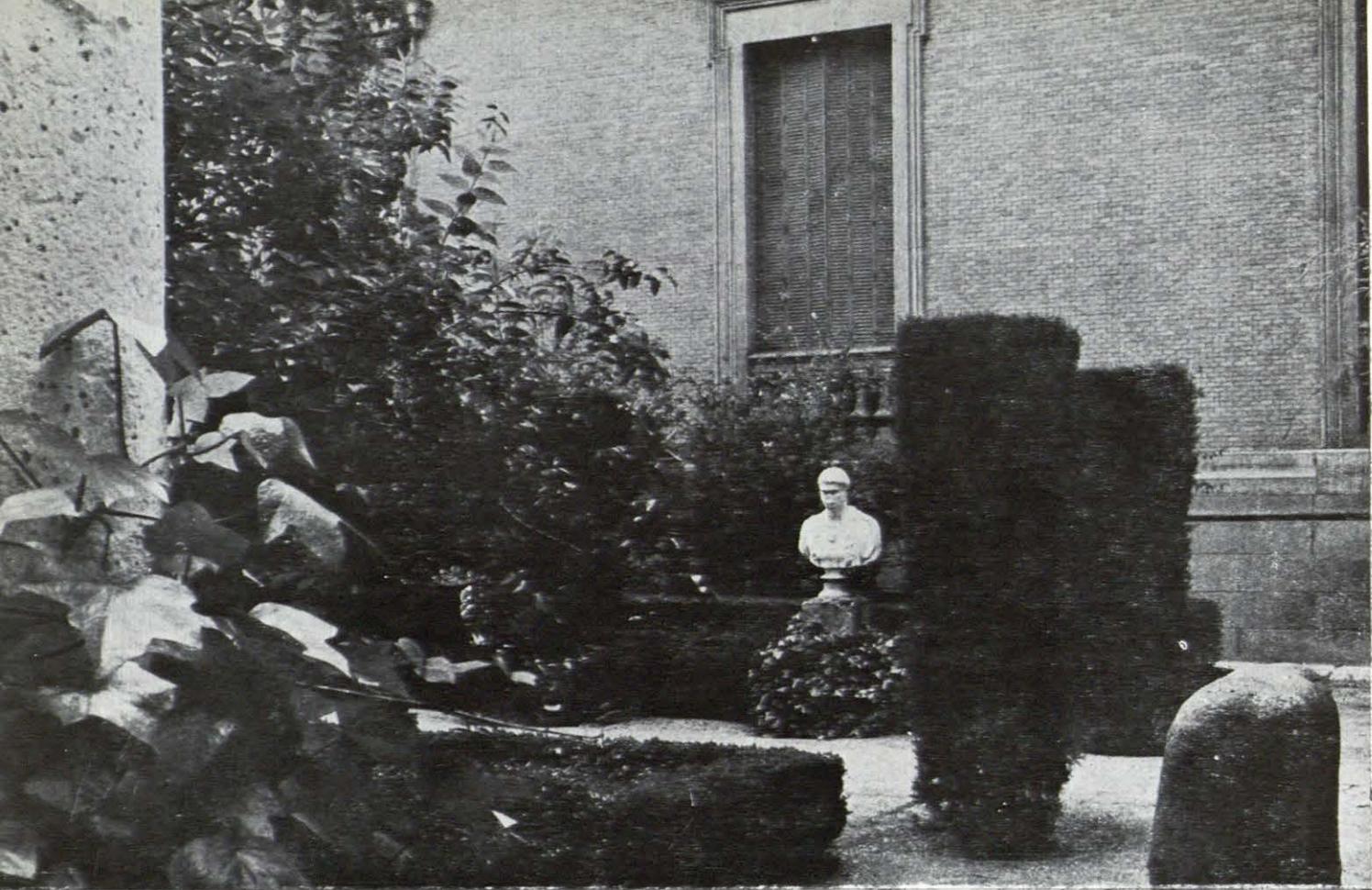
Es igual el color; y las alturas se recuerdan también bastante parecidas. Se diría que hay una sola intención en el proyecto de todas y cada una de ellas. Son muy serias.

Es ésta la impresión que queda luego.

Puestos a recordar casa por casa, manzana por manzana, al mirar a la acera de los pares, hay muy pocos cambios en este aspecto. Y se producen, más que nada, en los edificios modernos, que parece que quieren destacarse de los otros rompiendo con su orden.

Al alcanzar la esquina de Villanueva, aparece el ladrillo visto. Y es cosa de notar que se presenta de la planta segunda para arriba. Esta misma circunstancia es apreciable en todo el tramo de acera de los pares hasta Diego de León.

Es más notable aún que el ladrillo aparente se manifieste por esta acera en los edificios más recientes, y de los cinco o seis que hay hasta Diego de León, cuatro hacen esquina, y desde luego, además de tener otra textura y otro color caliente y bien distinto, son, además, más altos que los otros. Así que se destacan como gritos. Como lucidas piezas de otro tiempo más nuevo. En el que no interesan gran cosa los vecinos de al lado.



Ni preocupa el carácter de la calle, pues encajan igual, por decir algo, en la de la Princesa o en Galileo, a lo mejor.

Así que en las dos esquinas de Villanueva con los pares de Serrano hay dos edificios de ladrillo—de rodillas para arriba, que dijéramos—que parecen más recientes que los otros. Hay en los dos, el uno frente al otro, algún antagonismo de chaflanes. No se aprecia en ellos aquella modesta uniformidad de las viejas casas grises de esta misma acera más arriba. El uno presenta una curvatura hacia afuera y el otro en redondo hacia adentro. Tal vez para variar.

Continuando el camino por el sol a la mañana, en la esquina de Jorge Juan aparece el ladrillo rojo y fresco, como nuevo, y también aparecen las terrazas. No se ve a nadie en ellas. A lo mejor no se usan demasiado. Tampoco los balcones, desde luego. Lo que se usa de veras es la calle; y aquellas otras terrazas delante de los bares.

Al lado de la esquina de Hermosilla se levanta también, algo reciente, un bloque de ladrillo visto. De la segunda planta para arriba, desde luego. Aquí desaparecen los balcones de hierro, se rompe el módulo y las piezas de fachada. Sin embargo, aparecen sobre las ventanas delicados adornos, redondos—como los lavafutas—, que en la planta de ático, por rara ley, se tornan en cuadrados y sirven de remate a los cercos de los huecos.

El cuarto edificio, de ladrillo aparente, tampoco está en esquina, que se alza con su pérgola, maclado entre dos casas de las antiguas. De aquellas de balcones pequeños con sus barandillas de hierro y sus revocos grises como la paja seca. Se presenta después de dos manzanas enteras—las de Ayala, Don Ramón; Don Ramón, Lista—, de alturas bien pareadas, firmemente moduladas en fachada como por una misma mano para convertir las manzanas en unas solas piezas. Para dejar la calle compuesta por manzanas.

En la siguiente, entre Padilla y Juan Bravo, de alturas semejantes hasta la semiesquina—como dicen—, hay una hermosa composición de miradores en horizontal, una hilera de la primera planta de las antiguas casas de este tramo. Es una casa antigua y tiene el mismo carácter de las otras. Es, desde luego, una anomalía;

pero no canta sola. Se escucha su sonido en medio de las otras. Como música buena.

En la esquina de Juan Bravo se levanta una casa con una planta más que la de al lado. Son también de revoco sus fachadas. Se diría que le ha crecido un piso de un tirón. Como si, al paso que las cosas van cambiando, les crecieran los cuellos a los hombres maduros.

Hay un solar, después, y está vacío. Como con alguna ruina. Esperando, a lo mejor, que alguien edifique en él. Que le pongan balcones a la casa que hagan. Y que sea gris también como las otras. Sin revoco si quieren, pero que no se note y que crezca bajito y sin meter mucho ruido.

También hay una iglesia, la única que hay en esta acera. La de los jesuitas, esquina a Maldonado. También lleva ladrillo a la intemperie y parece, desde luego, de otra época. Pero esto es más que nada por su forma.

A la vuelta, el aire de la calle cambia mucho por los impares, de Diego de León a Independencia.

El arranque empieza con la Embajada americana, que se alza como un bloque de otra cosa distinta. Igual que si fuera de piedra o de cristal. Un mojón de kilómetros recortado en los cielos.

Es un poco costoso hacerse a la idea de este brusco saliente, que está, sin embargo,—al parecer—, dentro del aire del resto de las casas de este tramo.

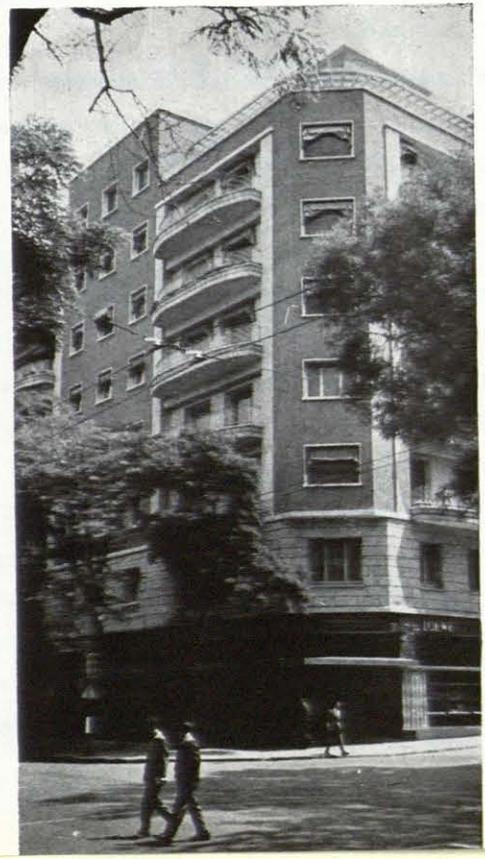
Esta manzana, hasta Martínez de la Rosa, está formada, casi en su mayoría, por casas con jardín que nada tienen que ver con la acera de enfrente. Son edificios de la Castellana, vistos de espaldas, que se han escapado hasta este borde de la calle de Serrano.

Entre Martínez de la Rosa y Villamejor las alturas son bastante variables y los edificios como de otro barrio.

Solamente en la manzana entre Villamejor y Lista los edificios vuelven a presentar un orden bien limpio y claro.

Son edificios antiguos que responden a una idea de ordenación muy sencilla, tanto de forma como de material. No se producen en ellos cambios de materiales, así como por golpe de buen gusto.

Son anteriores a las nuevas arquitecturas. Anteriores



al juego de los ismos. No se sabe gran cosa de los arquitectos que los hicieron. No se sabe ni su nombre como no se revise algún archivo.

Pero queda una obra casi colectiva, modesta y ordenada que convierte la calle en una pieza orgánica; como en un organismo vertebrado.

Es esto lo contrario de los nuevos edificios de esta calle y de otras, que brotaron aquí como por suerte. Al conjuro de modernas recetas; sin preocuparse mucho del carácter del barrio.

A menudo se ha dicho que "Sea regular o irregular, estática o dinámica, toda forma es el resultado de un deseo de orden. Construir es trazar un plan. Planear es seguir un concepto preciso de orden". (1).

Y se dice en un libro titulado *Arquitectura moderna*. Pero luego se nota que mucho antes de escribirse esto casi se tenía más en cuenta que ahora. Y se tenía más en cuenta también entre los que hacían aquella arquitectura, contra la que se alzaron muchas promociones de después de nuestra guerra.

Así que por la acera de los pares no le da a uno el sol por la mañana, de modo que resulta agradable algunas veces. Después se encuentra uno bajando hasta Alcalá con la esquina de Lista.

Hay allí un edificio, muy escaso de altura, en ladrillo macizo a cara vista y bien rojo, con sus muros cuajados de carteles. Uno no sabe bien de qué se trata ni para qué sirve, pero es sólido y compuesto con mucha seriedad. Son dos cuerpos de edificio que abarcan toda la manzana con una verja en medio. Parecen como ingleses, son bien recios y da gusto mirarlos. Sería bueno que prohibieran los carteles y que cuidaran un poco aquella verja.

La manzana entre Villamagna y Ayala tiene gran variedad de alturas y, al final de ella, hay muchos toldos, bastante grandes, que cubren las ventanas. Entre dos edificios, uno de ellos pintado en gris y ocre, se abre un callejón y al fondo de él se asoma una casa pequeña medio ahogada. Uno de los laterales del callejón es medianería y el otro con ventanas.

Muchas veces se ven desde la calle las medianerías,

unas veces sobresaliendo por encima de las casas antiguas y otras a la espera de que llegue el edificio vecino y las tape. Son como fachadas provisionales y no preocupan mucho, aunque a menudo vengán a ser definitivas.

De Ayala a Independencia, por los impares, hay como siete casas de ladrillo aparente. Que vienen dos seguidas en la esquina de Ayala de las que se llaman antiguas.

Así que de estas siete sólo hay dos que se pueden llamar modernas. Por los tiempos en que fueron construidas.

Las dos de la esquina de Ayala tienen un poco del aire de las antiguas casas grises de más arriba y de algunas de la acera de enfrente, y tienen también algo de casas de la Castellana.

Más adelante, entre Hermosilla y Goya, hay también otra de carácter muy semejante.

Al paso que se cruza la calle de Goya llegan después dos manzanas diferentes a las demás: la Casa de la Moneda y la Biblioteca Nacional.

Según se dice, las dos contribuyen en lo posible a aumentar el desequilibrio de peatones entre las dos aceras de Serrano. No tiene gran cosa de particular la influencia de la primera en el traspaso de paseantes hacia la acera de enfrente, pero ya resulta algo significativo que un jardín—o sea zona verde de verdad—no tenga la menor atracción sobre las personas, que, desde luego, prefieren pasearse delante de las tiendas de enfrente. A lo mejor es cosa de la reja, que, de por sí, ya retrae un poco.

Entre Gil de Santiváñez y Recoletos hay un antiguo edificio de ladrillo y cerámica vidriada con balcones estrechos y barandillas de hierro. El arquitecto que proyectó esta casa hizo algo distinto a los demás. Pero mantuvo, al parecer, el carácter, las proporciones y el ambiente de los edificios vecinos.

Al fondo de la calle se asoma de costado la Puerta de Alcalá y la vista se pierde por la plaza de la Independencia. Está ya cerca el bosque del Retiro y se acaba el camino a lo largo de esta calle.

Un camino algo extraño, desde luego, porque no es cosa de andar a cada paso mirando por encima de los árboles.

(1) Walter Curt Behrendt: *Arquitectura moderna. Su naturaleza, sus problemas y formas*. Edic. Infinito. Buenos Aires, 1959, pág. 17.



## Epílogo

En resumen, sea por su arquitectura, sea a pesar de ella, la gente ha elegido esta calle como salón, prefiriéndola a los mejores escenarios del Retiro y de la Castellana, tan próximos, y que en tiempos nada lejanos desempeñaron este papel de lugares de reunión. Quizá la gente tenga las mismas misteriosas razones que la de Roma, que prefiere Vía Veneto al parque de Villa Borghese, que está al lado, aunque en Vía Veneto hay, por lo menos, la razón de sus grandes hoteles, que aquí faltan. La verdad del caso es que la

gente antes paseaba al aire libre y se sentaba en los salones de las casas, y ahora prefiere sentarse al aire libre y estar en pie en los guateques, dentro de las casas. Y para sentarse al aire libre la calle de Serrano ofrece infinitas posibilidades, y a su vez la gente que va a sentarse abre grandes perspectivas al comercio. Así se van encadenando las cosas, sin que cuente nada en el asunto la arquitectura de la calle, que ha conservado la dignidad y la sencillez de su primera época en la parte que sirve de salón.